

Texto y contexto de la «teoría de la cons- piración»

UNAS declaraciones, medidamente calculadas en tiempo y forma, de **Luis María Anson**, ex director de **ABC**, al semanario **Tiempo** provocaron el que saliera de nuevo a la palestra una vieja teoría, exhibida ya por el anterior gobierno y sus principales valedores, para tratar de detener la formación de una opinión pública crecientemente adversa. La polémica ya llegó entonces a los medios de comunicación y ya entonces, hace cuatro años, se dividieron las huestes mediáticas en dos bandos irreconciliables.

Las «víctimas»

POR un lado, hacían causa común los que apoyaban al gobierno o cerraban los ojos ante los abrumadores indicios de corrupción, presentándolos como infundios de un grupo de periodistas resentidos que conspiraban, refugiados en la API, la COPE, El Mundo, al principio también Diario-16, etc., a los que sumaban algunos testigos «interesados» y algunos jueces empeñados

por entonces en investigar las burdas pistas dejadas en el camino y que conducían sin apenas dudas a la guerra sucia y la malversación de fondos. Todo ese conjunto, difuso pero con nombres, de periodistas, jueces, testigos y a veces banqueros era presentado como «**sindicato del crimen**» y como trama conspiratoria para derribar a **Felipe González**. Aclaremos de entrada que el término «**conspiración**» sólo puede aplicarse en sentido impropio a lo que estaba sucediendo, si no se prueba la falsedad de las denuncias y la ilegitimidad de fines y medios empleados por los supuestos conspiradores. Ciertamente, tales extremos no se han probado; más bien al contrario, lo denunciado se evidencia cada vez como más cierto y los fines y medios empleados no parecen caer bajo ningún código penal.

Pero la palabra en cuestión, aun empleada con sentido analógico, evoca en los ciudadanos de a pie la idea de poderes oscuros, conjuras siniestras y falta de escrúpulos en los medios con tal de obtener el fin.

En este sentido, lanzar la acusación de conspirador contra el adversario es como lanzar gas paralizante de sus movimientos. Éste era el efecto que el frente felipista quería conseguir. Este ataque era precisamente la línea de defensa del felipismo acosado por un número demasiado elevado de denuncias e investigaciones judiciales y puesto bajo sospecha por una creciente masa de ciudadanos. Si la conspiración se demostraba cierta, las denuncias perdían credibilidad y el felipismo la reforzaba. Quienes preferían el modelo gobernante o quienes veían en él mejor defendidos sus intereses se sumaron, y a veces amplificaron, todas las maniobras que podían minar la credibilidad de los supuestos conspiradores. Una parte de la prensa, entre ella **El País**, el periódico más influyente, y de la radio (Cadena SER, Onda Cero...) apostaron, con escasas vacilaciones por esta teoría. El primer efecto era inmediato: mientras se hablaba o escribía de conspiradores, se dejaba de hablar de Roldán, FILESA, los GAL, Cruz Roja, BOE, Navarro Rubio, etc.; el segundo efecto —debilitamiento de las acusaciones por

descalificación de los acusadores— se podía diluir en el tiempo, pero sin duda también se produciría.

*Algunos comentaristas de este frente acotaron sus posturas en un argumento ético de dudosa aplicación en el caso: el argumento del **mal menor**, es decir, como no se sabía hasta dónde peligraba la democracia si las denuncias seguían el curso judicial normal, como se ignoraba qué torres o magistraturas podrían caer, era mejor creer en la conspiración o, al menos, mirar hacia otro lado que investigar los indicios. Las tertulias y las entrevistas, además de la cuota parte de historiadores, juristas y hacendistas, se empezaron a nuclear en torno a personajes y a reparar las heridas ya recibidas. Así, se practicó el acoso y derribo contra **Anguita** y se dio cancha a cuanta disidencia crecía dentro del PCE o dentro incluso de la coalición IU, en una táctica de favorecer el acarreo por la izquierda al PSOE de los votos que presumiblemente iba perdiendo por la derecha.*

Los «conspiradores»

POR otro lado, estaba la trinchera de los que apoyaban a este grupo de periodistas, coreaban sus denuncias o prestaban páginas y altavoces a testigos de cargo, agentes arrepentidos y víctimas de acciones reivindicativas por el GAL o de extorsiones. También aquí se alineó todo tipo de compañeros de viaje y por todo tipo de motivos: desde los que no perdonaban el cierre, más o menos teledirigido, de **El Independiente**, hasta los exiliados de **Antena 3 Radio**, pasando por el propio Anson (entonces Ansón), cuyo **ABC** fustigaba a Felipe González al mismo tiempo que obstaculizaba cualquier intento de investigar el llamado GAL verde, y pasando también por eventuales e interesados antimonárquicos como **García Trevijano**.

*El periódico **El Mundo** y la cadena COPE fueron los canales más utilizados por este grupo de presuntos*

*implicados, entre los que destacaban, por la reiteración de las denuncias de corrupción del gobierno y por el radicalismo verbal, los periodistas **Pedro José Ramírez** y **Antonio Herrero**. Por estos dos medios desfilaron con reiteración el segundo **Amedo**, el tercer o cuarto **Sancristóbal**, el acusador y autoacusado **García Damborenea**, etc. Durante meses y meses nos desayunamos con dossiers, fotocopias de chanchullos, textos de declaraciones ante la policía, transcripciones de sumarios teóricamente secretos, planos de itinerarios delictivos de los aledaños del gobierno, conexiones claras o forzadas, etc. Los comentarios editoriales pidiendo una purificación del país tenían también en estos medios una virulencia y una regularidad. Pronto, las acusaciones se extendieron con igual virulencia contra los medios de comunicación que sostenían a un gobierno sospechoso, con apoyos explícitos o con silencios cómplices. Las entrevistas y tertulias de este grupo se nutrían también de los políticos que, cualquiera que fuera su filiación, más interés tenían en erosionar el poder socialista: **Rosa Aguilar**, **Romero**, **Rahola**, etc. Los principales dirigentes del PP encontraron en el noticiario corrupto un filón para desgastar al PSOE. A veces, algunos informes presentados en el Congreso por los populares eran fundamentalmente recortes de prensa «conspiradora».*

También en este frente hubo apelaciones a la ética y muchos de los periodistas presentaban sus denuncias como un deber ineludible de conciencia para contribuir a limpiar los torrentes de basura que arrastraban la moralidad colectiva y la confianza de los ciudadanos en las instituciones. Sin excluir estos nobles motivos, otros actuaban por despecho, por venganza política y personal, por interés económico, por el filón informativo del asunto, etc.

Es decir, hace cuatro años estábamos, por una y otra parte, objetivamente en el mismo punto de enfrentamiento y de excesos verbales, y se aireaban los mismos

argumentos, a favor y en contra de las mismas personas, que en la actualidad. Anson no ha hecho más que efectuar una regresión temporal y devolver a los españoles el estado de conciencia que poseyeron hace tres o cuatro años. Al confesarse a sí mismo como urdidor, en su propio despacho, de la conspiración, al citar por sus nombres a los «conspiradores», al dar fechas y palabras textuales, ha inyectado fuerza a la teoría conspiratoria. Automáticamente, los mismos abonados de antaño han retomado a su favor los argumentos conspiratorios. Automáticamente, también los supuestos conspiradores han recuperado su vigor y sus excesos. ¿Qué motivos profundos han hecho que se relance la teoría conspiratoria? ¿Por qué ahora? ¿A quién aprovecha esta resurrección?

¿Por qué resucita la «teoría de la conspiración»?

SE han descrito ya todos los posibles motivos. Algunos apuntan que los motivos empiezan y terminan en el propio Anson: desde haberse visto obligado a pagar una especie de **factura de incontinencia** por haberse ido de la lengua, Dios sabe en qué oscuros fondos, ante sus menos inocentes comensales **Barrionuevo y Vera**, hasta haber tramado estas declaraciones como una especie de **retorno al primer plano**, con ciertas dosis de venganza, cuando, descabalgado de ABC, sin futuro claro en Televisa, sin apoyo explícito de la monarquía, que ha venido a ser la razón de su vida, sin ofertas políticas de aquellos a cuyo favor supuestamente conspiró y residenciado en el sillón de la Academia, no parece jugar un papel decisivo en España.

Pero a la mayoría de la opinión pública no le parecen suficientes, aunque existan, los motivos que empiezan y terminan en Anson. La causa profunda es la fuerza que en sí misma tiene la teoría conspiratoria para poner en cuestión la legitimidad de la victoria electoral —por otra

parte ajustada— del Partido Popular en 1996. Los defensores habituales de la teoría de la conspiración, incluso algún líder del PSOE, ya han formulado en público esta acusación. Se ha aprovechado el lenguaje sibilino y deliberadamente oscuro de Anson, que alude en su entrevista a que **Conde** quería llegar al poder sin pasar por los partidos para, desaparecido Conde del itinerario posible a la Moncloa, convertir a **Aznar** en el beneficiario intencional de una operación de acoso y derribo, minuciosamente planteada contra González. Fortalece la hipótesis de que la intención primera de este relanzamiento de la teoría conspiratoria es deslegitimar al gobierno el hecho de que Felipe González conocía de antemano las declaraciones de Anson y que el semanario **Tiempo** retrasó la publicación de las mismas hasta que su autor tomara posesión de su puesto en la Academia, etc. El hecho de que esta segunda edición coincida con las vísperas de los momentos decisivos de los procesos de los GAL, añadido a que los relanzadores han implicado a jueces, induce a pensar sin demasiada malicia que se trata de producir ruidos ante la puerta del Tribunal Supremo para que la voz de la Justicia no pueda oírse.

Es decir, todas las apariencias indican que la resurrección de la teoría conspiratoria ha sido una operación cuidadosamente diseñada en beneficio del PSOE, tanto en la perspectiva política como judicial.

Sin embargo, al intentar resucitar conspiraciones supuestas, han resucitado también los hechos ciertos que querían enterrar. A la larga, la resucitada se volverá contra quien, al despertarla, despertó también los fantasmas que dormían a su lado.

Conclusiones

LA descripción precedente no tiene carácter lúdico ni es un juego floral, sino una base para extraer algunas enseñanzas que nos ayuden a entender

mejor el juego de intereses oculto bajo la polémica y a elevar el nivel de nuestra ética civil:

1. Necesitamos defendernos individual y colectivamente del sectarismo mediático. Ninguna de las dos partes es honesta con sus lectores, oyentes o telespectadores. Ambas presentan como vigas las pajas ajenas y ambas ocultan sus miserias. Los que queremos estar enterados de lo que de verdad sucede necesitamos medios de comunicación más plurales si no queremos vernos obligados a comprar más de un periódico, escuchar varias emisoras o renunciar a nuestro empeño.

2. En todo caso, es mucho más grave cometer un delito que denunciarlo, aunque los denunciante se pongan de acuerdo y añadan a la búsqueda de la justicia otras motivaciones menos nobles. Tal como la conocemos y la hemos descrito, la «conspiración» es objetivamente un mal menor que el GAL y la corrupción.

3. Es necesario reparar el pasado. Mientras los responsables no asuman sus actos y sus consecuencias, mientras el poder judicial no sentencie definitivamente, las lanzas estarán siempre en ristre. Funcionalmente, una sentencia pondría las cosas en su sitio y, con un porcentaje de justicia mayor o menor, acallaría las aguas y nos devolvería parte de la paz cívica e incluso parte de nuestra capacidad de perdonar.

4. Todo lo que primariamente pueda interpretarse como maniobra contra la clarificación del pasado refuerza la presunción de culpabilidad. En este sentido se interpretan ya los «ritornellos» en los casos de Segundo Marey, las múltiples recusaciones de jueces, la agrupación o segregación de sumarios, las sospechosas coincidencias de actos procesales con cambios de magistrados, etc. Si con todo ello consiguieran alcanzar la prescripción de los delitos, eludir el juicio o ser juzgados sólo por lo menor, la sociedad habría incrementado su convicción sobre la culpabilidad de los imputados, con todos los resquebrajamientos anejos de la fe democrática.